

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

La violencia en el fútbol:
¿expresión de la barbarie en el Uruguay del siglo XXI?

Romina Briano Torres

2015

Índice

Introducción.....	pág. 3.
I. Comienza el partido.....	pág. 4.
Inventando el Uruguay.....	pág.11.
II. Medio tiempo: globalización y falsa libertad.....	pág.19.
III. Final del partido: ¿qué ganamos?.....	pág. 27.
IV. Resultado final.....	pág. 45.
Bibliografía.....	pág. 50.

Introducción

El presente trabajo se enmarca en los requisitos de la Universidad de la República- Facultad de Ciencias Sociales- Departamento de Trabajo Social como monografía de grado para obtener la Licenciatura en Trabajo Social. El objetivo del mismo no refiere sólo a la obtención de la carrera de grado, sino que plantea una mirada desde las ciencias sociales en torno a una problemática actual que es la violencia en el fútbol uruguayo.

A partir de la presentación de argumentos de varios autores de estas disciplinas se intenta dar una mirada más general en torno a la cuestión de la violencia en el fútbol, intentando acercarse a la comprensión de la temática.

En una primera parte se presenta la cuestión del nacionalismo y el sentimiento nacionalista, junto con la construcción de la identidad nacional uruguaya, relacionándola con el fútbol.

En una segunda parte se presentan planteos en torno a la sociedad moderna, los procesos globalizadores y lo que estos provocan en los sujetos y sus comportamientos, relacionándolos con la violencia en el fútbol.

En una tercera parte se presentan los aportes de la teoría crítica en torno a la Ilustración y la industria cultural, pretendiendo mostrar de qué manera la sociedad competitiva favorece la estructura de la personalidad autoritaria y prejuiciosa, y cómo esta última contribuye a la conservación de esta sociedad.

Por último se presentan las reflexiones finales en cuanto a todo el trabajo, presentando los argumentos centrales que intentan aproximarse a la comprensión de la violencia en el fútbol.

Durante todo el texto se pretende ir conectando los aportes de los autores con la cuestión de la violencia en el fútbol, haciendo constantes mediaciones entre lo particular, general y universal, analizando la violencia en el deporte como un problema que se manifiesta de manera concreta, pero que tiene alcances y connotaciones universales referentes a la especie humana.

I. Comienza el partido.

El fútbol es un deporte que mueve pasiones, puede generar gran alegría, así como tristeza; puede generar los gestos más amables y solidarios, así como la más ilógica violencia. Y no sólo eso, las poblaciones se identifican a través de este deporte con su nación, el fútbol y la patria están siempre atados. Ser hincha de la celeste durante el mundial era el deber ser de cada ciudadano, y quién no le presta atención al campeonato puede llegar a ser tildado inclusive de “anti patria”; casi como un terrorista que atenta contra los valores nacionales, para ejemplificar con exageración. Pero si nos ponemos a pensar, ¿qué valores transmite el fútbol?, ¿qué identidad construye recíprocamente con los ciudadanos? El fútbol es un medio de comunicación simbólica para las personas, ¿qué mensaje nos está dando?, ¿qué nos comunica, porqué tiene ese extraño potencial de transmitir la más eufórica felicidad, así como la más dolorosa tristeza?

La influencia del deporte en la sociedad no es algo contemporáneo en el tiempo. Los orígenes del fútbol se remontan a cinco mil años atrás. Los egipcios, chinos, romanos, florentinos, mayas, aztecas, incluso los vikingos lo practicaban. Claro que no de la forma en que se practica en la modernidad, pero la manera de practicarlo involucraba a dos equipos rivales, una pelota y la disputa por la posesión de la misma. Este deporte tiene sus raíces en los entrenamientos bélicos de antaño, se utilizaban en general para entrenar a los guerreros, por lo que podríamos pensar que es un juego de violencia intrínseca. Relata Galeano (2000) en su libro “Fútbol a sol y sombra” haciendo alusión al juego que practicaban las poblaciones de México y América Central:

“Cuando el juego concluía, la pelota culminaba su viaje: el sol llegaba al amanecer después de atravesar la región de la muerte. Entonces, para que el sol saliera, corría la sangre. Según algunos entendidos los aztecas tenían la costumbre de sacrificar a los vencedores. Antes de cortarles la cabeza, les pintaban el cuerpo en franjas rojas. Los elegidos de los dioses daban su sangre en ofrenda, para que la tierra fuera fértil y generoso el cielo”. (Galeano, 2000:27)

Se dice que los chinos, infligían sangrientos castigos al capitán del equipo que perdía, en presencia del público, cuando este último no participaba de los castigos. (Galeano, 2000)

En un interesante artículo de Gustavo Segura el filólogo trata el tema del lenguaje bélico en los relatos futbolísticos, expone una definición pertinente en este trabajo, de este juego:

“El fútbol es, ante todo, la disputa por la posesión de una bola con el fin de introducirla o introducirla como una daga en la portería al bando enemigo; que es en el fondo, introducirle una daga de muerte al otro, para irlo matando poco a poco con cada gol; es como irle quitando aire por poquitos para que al final de los noventa minutos se vaya a las regaderas, moribundo anímicamente, por causa de la derrota” (2009: 69).

Este juego se practicó desde sus orígenes por el pueblo, personas de estratos sociales medios y bajos, los miembros de fuerzas militares. Su origen popular, provocó el rechazo por parte de los intelectuales, doctores o filósofos de antaño, que no se inscribían dentro del juego. (Segura, 2009)

Sin embargo más tarde, las tropas normandas de Guillermo I introducen el juego en Inglaterra. En 1363 es prohibido por el rey Eduardo III, ya que el pueblo inglés iba mejorando sus costumbres y su educación, y este juego no era compatible con la instrucción que se le quería dar a la población debido a su alto grado de violencia. Luego en 1680, Carlos II hace regresar el juego de pelota inflada. Los ingleses comienzan a jugarlo sobre todo en los *colleges*, que lo difunden durante el siglo XVIII. De a poco se va transformando en un juego de manejo de la

pelota centrándose en la habilidad del jugador de burlar a los adversarios, introduciendo la elegancia y destreza física así como intelectual para ganar el juego. Es así que los estratos altos de la sociedad inglesa se apropian del juego y redactan reglas, convirtiéndose en un deporte de la élite y aristocracia inglesa. Como hoy podría ser el rugby, tenis, polo o hockey sobre césped en nuestra región; el juego se convierte así en una manera de ocio y distinción de las élites. (Segura, 2009) Se crea un *habitus*, en términos de Bourdieu (1997), en torno al fútbol, como principio de diferenciación y distinción.

La expansión de este deporte en el mundo tiene que ver con el desarrollo de la revolución industrial y la expansión económica británica en la segunda mitad del siglo XIX. Los ingleses traen el deporte al Río de la Plata, y el primer partido que se juega en la Banda Oriental del río Uruguay es en 1881, entre dos instituciones elitistas y cerradas, -Montevideo Rowing y Montevideo Cricket-, que no se dedicaban al fútbol sino al *sport*, actividades físicas en contacto con la naturaleza, y a recibir en competencias deportivas a las tripulaciones de los barcos de Su Majestad. (ISEF, 2013)

Los habitantes de Montevideo imitaban a los ingleses que venían y jugaban durante su estadía a un juego de pelota que había que patear. Así comienza en nuestro país la populización, por así decirlo, de este deporte. Rápidamente se expande a la población y se comienzan a crear clubes locales de fútbol.

Es interesante ver cómo el fútbol ha pasado de ser una manera de entrenamiento para la milicia, luego un deporte de distinción de las élites, para llegar a ser un deporte de masas, una expresión popular, y luego utilizado como bastión de la nación por los gobernantes. Es un símbolo del que todos participan y del que todos se sienten parte, lo sufren si el cuadro sufre y festejan si el cuadro gana.

Todos vimos en el campeonato mundial pasado cómo se le agasajaba por parte del gobierno a la selección uruguaya, invitando a cenas y eventos, incluso el presidente fue a recibir a los jugadores al aeropuerto a su regreso.

Ser hincha del equipo de fútbol local significa formar parte de la nación, compartir ciertos valores y ser portador de algo especial; es pertenecer a la comunidad imaginada que es la nación. Al contrario de la utopía social universalista, donde todos seríamos ciudadanos del mundo, fraternos, unidos y solidarios;

“(…) la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo.” (Anderson, 1993; 19)

Parecería imposible imaginar un mundo sin naciones, pero ¿qué es la nación?, no existe una explicación científica universalmente consensuada. No es sólo el territorio delimitado, el Estado, la lengua oficial, la cultura oficial, los habitantes; hay algo más que la hace difícil de conceptualizar. Lo que mantiene la unión es la voluntad, el rito.

“Una nación es un principio espiritual, resultante de profundas complicaciones de la historia; es una familia espiritual, no un grupo determinado por la configuración del suelo”. (Renan, 1987:82)

Un legado de recuerdos y el consentimiento actual, la voluntad de seguir viviendo juntos, de hacer valer la herencia que se ha recibido. El culto al pasado nos ha hecho lo que somos, como un capital social donde se asienta la idea nacional: el pasado heroico, la gloria. La nación es una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y los que se están dispuesto a hacer. Es una conciencia moral que prueba su fuerza por los sacrificios que exige, la abdicación del individuo en provecho de la comunidad. (Renan, 1987)

Esto es el sentimiento nacionalista, la sensación de ser parte de algo más grande que uno, de compartir valores y sacrificios, alegrías y tristezas, principio espiritual, valor moral.

Anderson (1993) utiliza el concepto “comunidades políticas imaginadas inherentemente limitadas y soberanas”, para referirse a las naciones.

Es imaginada, porque si bien no nos conocemos entre todos los habitantes, existe en nuestra mente la imagen de comunión con quienes habitan la misma nación. (Anderson, 1993) Sabemos que cuando juega un partido la selección, todos los uruguayos están presentes en nuestro pensamiento y tenemos la idea de comunidad y de fraternidad entre todos, por más que algunos estén lejos, los sentimos cerca. Esto se puede apreciar cuando juega la selección, en los medios de comunicación se reproducen mensajes de compatriotas que viven en otros países, dando ánimo y “añorando el paisito”.

Es limitada ya que posee límites geográficos, fuera de los cuales se encuentran otras naciones. Es soberana, porque el concepto mismo de nación nace en la Ilustración y en la revolución francesa, destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Comienzan a desarrollarse pluralismos, y la garantía y emblema de la libertad se personifica en el Estado soberano. El rechazo a la dinastía hace que la comunidad que es la nación se conciba como compañerismo profundo, horizontal, independientemente de la explotación y desigualdad. Lo que hace que muchos maten y mueran por imaginaciones limitadas. (Anderson, 1993)

Esto es parte de un proceso histórico de la humanidad, donde la creencia en la pura legitimidad divina, es territorializada. (Anderson, 1993) Hoy en día se idolatra a la nación, al territorializar la creencia, las personas piensan que su nación es la mejor, así como alguna vez pensaban que su dios era el mejor.

Uno de los factores clave para entender este proceso y este amor hacia la nación es el desarrollo del capitalismo impreso. Este avance logró la extensión de la lectura diaria a parte de la

población de las naciones, en principio a las elites y luego a las masas. Las personas que leían a diario la prensa comenzaban a ser conscientes de que muchas otras estaban consumiendo lo mismo, así es que comienza a crearse en su mente la idea de una simultaneidad con los otros que leen la prensa. Los lectores comparten un mundo imaginario al leer todos los días el diario. Tienen la idea de simultaneidad, de un tiempo compartido con los demás que leen; en el caso de la nación una comunidad imaginada de compatriotas simultáneos. El mundo imaginado está arraigado en la vida diaria, y la confianza de la comunidad en el anonimato es una característica distintiva de las naciones modernas. (Anderson, 1993)

Esto ciertamente nos pone a pensar cómo nos sentimos tan unidos y fraternos al participar simultáneamente de un evento deportivo, y al mismo tiempo lo hacemos desde el anonimato. El anonimato no genera compromiso.

La prensa de gran tiraje en nuestro país fue posible gracias a la difusión de la enseñanza primaria, que amplió el número de lectores potenciales, así como el acceso de las mayorías a la vida política y la transformación interna de los periódicos para hacerlos más accesibles a la población. Sobre todo para poner al alcance de la población los grandes temas políticos como forma de atraer votos. En Uruguay de principios de siglo XX toda la prensa estaba politizada, y respondía cada diario a una colectividad política. (Morales, 2013)

El capitalismo impreso, así como la declinación de antiguas certezas, las transformaciones económicas del sistema capitalista que se inauguraba, los descubrimientos sociales y científicos, y el desarrollo de comunicaciones cada vez más rápidas, demandaban una nueva forma de unión de la comunidad, el poder y el tiempo. (Anderson, 1993)

La interacción semifortuita pero explosiva entre un sistema de producción y relaciones productivas, una tecnología de las comunicaciones y la fatalidad de la diversidad lingüística humana llevaron a la creación de las naciones. Es decir; el capitalismo, los avances en las comunicaciones y las diversas lenguas humanas. (Anderson, 1993)

Este proceso comienza en Europa y se disemina en las colonias de todo el mundo. En América Latina tras la Revolución francesa, y la difusión y adopción de ideas de la Ilustración como valores se crea una revolución cultural, donde el bastión lo lleva el republicanismo en las colonias que se independizan. Los movimientos de independencia de América hispánica se convirtieron en todo lo que se escribió a su respecto “modelos”, “proyectos originales”, en la “realidad”. Creó realidades imaginadas: Estados nacionales, instituciones republicanas, ciudadanía comunes, soberanías populares, banderas, himnos- podríamos agregar aquí héroes, próceres- y la liquidación de sus opuestos conceptuales. Para la segunda mitad del siglo XIX existía un modelo de Estado nacional independiente (Anderson, 1993), que en nuestro país logró consolidarse en la década de 1930.

¿Por qué entonces las personas están dispuestas a matar o morir por las comunidades imaginadas? Desde la segunda Guerra Mundial toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales, se ha arraigado en el espacio territorial y social.

Las naciones inspiran sentimientos de pertenencia, cierto amor político, una especie de unidad natural que puede compararse con la familia. Estas no se eligen, sin embargo sentimos amor por ellas. La familia, el hogar, la tierra, la nación son cosas impuestas desde que nacemos, pero sin embargo nos sentimos excluidos y desolados si no las tenemos; nos enseñan a necesitarlas.

El luchar por la patria y la familia e incluso morir por ellas, supone una grandeza moral, pureza y desinterés. (Anderson, 1993)

En párrafos anteriores se mencionó la liquidación de todos los opuestos conceptuales de la nación, y mencionamos el amor y la grandeza moral que supone morir por ella. ¿No es esto un dúo peligroso? Seguimos cayendo en el fundamentalismo y la territorialización de la creencia: mi nación es mejor a la tuya y por lo tanto, la mía merece vivir y la tuya no? ¿No existe otra manera de pensar las comunidades humanas más allá de las naciones? Los teóricos de la Ilustración lo hicieron, ¿nosotros no podemos?

Si la nación es cuestión de voluntad más que de etnia, lengua o territorio según Renan (1987) y a esto le agregamos el anonimato característico de la modernidad, podríamos pensar que el no compromiso del anonimato hace que la voluntad sea obviada, y simplemente vivimos de la manera en que lo hacemos sin tomar conciencia y naturalizando la realidad sin cuestionarla.

Esto provoca que cuando hay fiesta de fútbol todos se adhieren, y cuando ocurren situaciones de violencia, se condenan las conductas o simplemente se justifican, porque es lo “natural” a ese ámbito.

El olvido y el error histórico son factores esenciales de la creación de las naciones. Los orígenes son violentos: conquistas, guerras, genocidios, exterminio, terror.

“La esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas” (Renan, 1987: 66)

En América Latina la historia oficial de las naciones habla de próceres caudillos que conquistaron la libertad, pero no hablan del genocidio de los habitantes nativos de estas tierras. Antigua conquista aceptada primero y olvidada después. Las fechas patrias reflejan estos acontecimientos.

“Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una nación”.(Renan en Hobsbawm, 1997: 20, 21)

¿Será que el fútbol también tiene este mecanismo de olvidar la violencia y justificarla, en pro de una victoria futura? ¿Cuál es esa victoria?

Inventando el Uruguay

El Uruguay nació antes que los uruguayos, el Estado precedió a la nación. (Caetano, 1997)

La sociedad uruguaya que estaba naciendo a inicios del siglo XX se caracteriza por la diversidad: industriales y obreros, estancieros y peones, barriadas populares en Montevideo y pueblos de ratas rurales, inmigrantes con su utopía cosmopolita, criollos, blancos, negros, agnósticos, ateos, cristianos, católicos, protestantes, latifundio ganadero, granja y chacra agrícola. Era una sociedad compleja que estaba ingresando en una modernidad, se preparaba para entrar en el sufragio universal masculino y como nunca antes en la historia del país las apelaciones a lo popular era lo que podía definir las elecciones. (Morales, 2013)

El Uruguay del novecientos dejó atrás un tiempo plagado de guerras civiles entre los dos partidos tradicionales, el Colorado y el Nacional, por un sistema de partidos moderno y adaptado a las exigencias del nuevo orden económico, social y cultural.

José Batlle y Ordoñez fue quien impulsó los cambios para darle nacimiento a una sociedad pacífica, moderna y a una democracia pluralista y social. (Morales, 2013)

El reformismo social se consolidó antes que la democracia política de masas, anticipando las demandas de la nueva cuestión social y los conflictos que esta comenzaba a generar. Fue así que crecieron las burocracias antes de que las masas pudieran votar. (Morales, 2013) El entramado institucional estatal fue creciendo y consolidándose antes de que se consolidara el cuerpo electoral. El impulso por la modernización en materia política vino desde arriba, desde las autoridades y no desde las masas. Se buscaba implantar un modelo de nación moderna mediante reformas sociales. (Morales, 2013)

Se apostó a un Estado intervencionista en la economía, mediante nacionalizaciones y estatizaciones, lo que provocó enfrentamientos con el Imperio británico y los latifundistas. En materia social se mantuvo una tendencia obrerista, la legislación regulaba las jornadas laborales reduciéndolas a ocho horas diarias, con un día de descanso semanal, indemnizaciones por accidentes laborales y despidos, indemnizaciones por vejez, prohibición del trabajo a menores y limitación del trabajo de la mujer. (Morales, 2013)

Por otro lado comienza la secularización, separando completamente a la Iglesia del Estado. Los cementerios pasaron a ser públicos y en las escuelas se debían sacar los símbolos religiosos. Se crea la ley de divorcio. Lo que se buscaba era crear una moral laica vinculada a la democracia y al Estado social de bienestar. (Morales, 2013)

Se intentó hacer una reforma rural para eliminar el latifundio y apostar al país granja, pero no se logró debido a la presión de los latifundistas.

En materia política se pretendía una reforma constitucional donde se reemplazara a la figura del presidente por un colegiado de nueve miembros. Esto no logró efectivizarse, el bloque conservador ejerció presión y se impuso un freno a las reformas. Quizás se explique por la pluralidad y diversidad de ideologías dentro de los Partidos políticos, así como de intereses; lo que provocaba el fraccionamiento de los mismos. La política estuvo caracterizada desde entonces, ya no por guerras civiles, sino por la negociación y pactos, coparticipación. (Morales, 2013)

Existían dos grandes proyectos de país, dos formas de ser uruguayo. Lo que antes era la confrontación de lo rural caudillesco representado por el Partido Nacional, y lo urbano doctoral representado por el Partido Colorado; ahora se traducían en el Herrerismo que representaba una síntesis entre lo doctoral y lo candombero caudillista, y el Batllismo que sufría una tensión entre las nuevas ideas y la tradición. (Morales, 2013)

Era necesario construir un discurso popular que buscara captar identidades sociales mayoritarias. En la década de 1920 dominaba en el imaginario social uruguayo un optimismo y la idea de que todo era posible. (Morales, 2013)

En los colectivos humanos existe un continuo proceso de construcción y sustentación de una identidad. Los mecanismos básicos para esto se producen en la vida social a través de rituales

que permiten una afirmación simbólica de un *yo* o un *nosotros* frente a un *ellos*. Esto significa que en la construcción de la identidad siempre hay una alteridad. (Morales, 2013)

En la segunda mitad del siglo XIX, durante el militarismo y la primera modernización, se empezó a consolidar en Uruguay un primer anclaje identitario que buscaba raíces nacionalistas que lo diferenciaron de Argentina.

La construcción de un relato histórico y la idea de nación como narrativa comienzan a consolidarse con el surgimiento de una literatura gauchesca e indigenista, y la reivindicación de la figura de Artigas en los historiadores; a lo que se le suma la producción en pintura de Juan Manuel Blanes y la inauguración del monumento a la independencia en Florida en 1879. (Morales, 2013)

Se busca en la naturaleza las raíces del ser nacional: en los ríos, los pájaros, los montes indígenas. La idea de patria como el amor a la tierra donde se nació. La idea de patria de la sensibilidad romántica a través del retorno a la naturaleza marca un giro con respecto a la poesía neoclásica del período anterior; donde se hablaba más desde una postura federalista. No se era uruguayo sino americano y oriental, como se era santafesino, porteño o cordobés. (Morales, 2013)

El nacimiento de la historia nacional se afirmaba, para los uruguayos, en torno a un discurso antiporteño y donde el eje del mal siempre iba a ser Buenos Aires. Así como la historia nacional argentina tendría como eje del mal a los caudillos y Artigas en particular como la causa de la desintegración de la gran nación platense. (Morales, 2013)

Fue en las primeras décadas del siglo XX, y en especial en la celebración del centenario, cuando la sociedad uruguaya completó su proceso de construcción de identidad nacional. (Morales, 2013)

El proyecto de la escuela laica, gratuita y obligatoria de José Pedro Varela, se había consolidado, y las masas comenzaban a participar de la prensa escrita. Era aquí donde se iba reproduciendo la

identidad nacional. Para poder generar opinión pública de masas, la población debía estar alfabetizada, y así decodificar los mensajes de su agente mediático preferido, mientras los medios de comunicación se desarrollaban y adquirían más presencia. Además en la enseñanza de la historia patria, se adquiría conciencia de un pasado en común. Los textos que circulaban en la década del veinte muestran una historia que generaba amor a la patria y un fuerte sentimiento de identidad. (Morales, 2013)

“Aprender a leer y escribir implicaba la repetición constante del catecismo cívico nacional, en el que el niño era imbuido de todos los deberes que de él se esperaban: desde defender el Estado hasta pagar impuestos, trabajar y obedecer las leyes.” (Graff, 1987, en Morales, 2013)

Esta identidad se fue construyendo a partir de un racismo del cual se hacía gala. El Uruguay era un país civilizado, de vida europea. Su organización política y social estaba al nivel de los países más adelantados. Se hablaba de una sociedad homogénea: no había razas ni castas, ni más privilegios que el de la virtud y el talento. En esta época se forja la idea de se podía construir un país europeo en América Latina. (Morales, 2013)

Pero este discurso que buscaba ser homogéneo desde el punto de vista de la construcción identitaria, silenciaba muchas voces. Excluía las manifestaciones culturales de los afrodescendientes y el mestizaje, con la etnia negra, descendientes de guaraníes que poblaron el medio rural. También excluía a los marginados condenados a los “pueblos de ratas” por los dos empujes modernizadores, a los rancheríos de los barrios proletarios, a las mujeres, y a los homosexuales cuya existencia era simplemente ignorada. Era un discurso elaborado por hombres blancos, heterosexuales y de cultura occidental judeocristiana. (Morales, 2013)

Así se construyó una identidad cosmopolita, donde el centro del país era Montevideo, con la industrialización del medio rural, la ciudad-capital controla al campo. La modernización de las comunicaciones y la ampliación del tamaño del Estado confluyen hacia la ciudad que centraliza

todo. Las vías de ferrocarriles confluyen desde la Estación Central de Montevideo hacia los puntos neurálgicos del interior.

Los discursos identitarios marcan la diferencia de Uruguay con el resto de Latinoamérica como país de rasgos europeos, y se diferencia especialmente de Argentina, tomándola como alteridad. Con esta se da una relación de amor y odio. Argentina y los porteños, son el *otro* cercano y en base al cual se construye una alteridad para afirmar la identidad uruguaya. Las principales que se afirman en las décadas de 1920 y 1930 son la de la humildad uruguaya, y la soberbia y autoconfianza porteñas; la superficialidad y el glamour argentinos en contraste con la grisura uruguayas. (Morales, 2013)

A la vez Buenos Aires genera una fascinación cultural en Uruguay, los principales medios gráficos argentinos tenían en estas décadas gran influencia aquí. (Morales, 2013)

Es común que los países que se encuentran en el empuje de la modernización hagan hincapié en la importancia de las tradiciones para justificarse. De esto no escapó el Uruguay, donde se realizó una fuerte ruptura con el pasado y un verdadero culto por las tradiciones. (Morales, 2013)

“En la raíz de la construcción de las naciones es necesario señalar un pasado real o imaginado que daría una sustancia a la comunidad designada con esa forma política. La nación que se pretende moderna y emancipada del antiguo orden social, religioso y aristocrático, está obligada a echar mano de la tradición para justificarse.” (Oliven y Damo en Morales 2013, 64)

“La imaginación siempre ha estado al servicio del poder.” (Morales, 2013, 64)

En la modernidad el pasado es muy importante para el presente. Para entender esta es útil servirse del concepto de tradiciones inventadas que proponen Hobsbawm y Ranger (1983) El término incluye las tradiciones realmente inventadas y luego instituidas, que emergen en un

período breve y se establecen con gran rapidez. Estas buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo que implica continuidad con el pasado. Incluso cuando es posible intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado. (Hobsbawm y Ranger, 1983)

Es así que nuestro país va construyendo su identidad nacional, a través de la invención de tradiciones y del pasado.

El ascenso de las clases medias es otra de las características que fue moldeando el carácter nacional: la idea de que todos pertenecemos a la clase media. La cultura batllista empezó a forjar hombres de bajo perfil que hacían culto al ahorro. El discurso oficial siempre se dirigía a la clase media. El fútbol también entraba en este imaginario, los jugadores de la generación de los olímpicos encontraron todos empleos públicos como premio a la gloria dada al pequeño país. El ascenso social de la época era tener un puesto en la burocracia estatal. (Morales, 2013)

Otro de los aspectos que forjan al Uruguay moderno es el culto a la democracia y al legalismo. Se forma a los ciudadanos a través del culto civil a la democracia y al Estado laico, como una forma de religión civil que sustituyó a la antigua religión católica. (Morales, 2013)

Anteriormente se afirmó que había dos maneras de ser uruguayo, dos identidades que chocaban y se iban entrelazando en la construcción de la identidad nacional, mientras se fusionaban para formar lo que podríamos señalar como un bipolarismo identitario.

Este fenómeno ha atravesado toda la historia de la construcción de la identidad nacional. Así fue que en vísperas del centenario de la nación se daban dos versiones de los hechos. Existía una lucha por la lectura del pasado y la historia nacional desde el ámbito político partidario.

Lo que se estaba consolidando era el concepto de «patrias subjetivas», es decir, ser uruguayo bajo la intermediación de los dos grandes partidos políticos tradicionales. Los blancos y

colorados se convertían en los vehículos de la renovada identificación de la nación con el sistema político y los partidos, afirmándose así todo un modelo de ciudadanía. Lo que ocurrió en el Centenario terminó por consolidar legados institucionales y culturales importantes para el futuro: la renovada identificación entre la nación y los partidos políticos; la configuración de un moderno modelo de ciudadanía, universalista; la estatización y partidización de lo público y el establecimiento de su primacía sobre lo privado. (Caetano, 1997)

“Las opiniones y actos de los que mandan convierten los prejuicios en juicios, y a los intereses creados en reglas morales.” (Vidart, 2014)

A inicios del siglo XX, “... en Uruguay el fútbol se apropia como una tradición más y se convierte en un instrumento de integración simbólica de la comunidad imaginada que es la nación uruguaya.” (Morales, 2013, 85)

“El fútbol uruguayo incorporó en su discurso y en su imaginario el aporte de las narrativas de la nación del Uruguay del Centenario.” (Morales, 2013, 91)

En plena época de construcción de la nación y de modernización, el fútbol se convierte en una herramienta de socialización importante. Si bien su origen y desarrollo queda por fuera de la acción del Estado, la expansión del deporte muestra el desarrollo de la sociedad civil con los espacios de autonomía que generaban los clubes. (Morales, 2013)

Los discursos higienistas y de mejoramiento de la raza son predominantes y hegemónicos en el fútbol uruguayo. El juego se transforma en ocio y deporte para los adultos, en una sociedad que se moderniza y endiosa al trabajo, el descanso, el ahorro y el ascetismo corporal. Sucede una progresiva contención y reglamentación de la violencia física permitida. En estos años el fútbol suplantó al Carnaval como gran juego popular. Los médicos y moralistas aconsejaban el ejercicio físico para preservar el cuerpo, así como alejarse de la masturbación los jóvenes, y de los casinos

y plaza de toros los adultos; la modernidad debía suplantar estos últimos con canchas de fútbol y clubes de remeros. (Barrán, 1990)

El interés comercial acompañó la formación de ligas y campeonatos. Los centros deportivos todos ingleses, nacidos en los *colleges*, eran formados ahora también en las fábricas, y conformados por todos quienes en ellas trabajaran. Así sucedió con The Central Uruguay Railway donde se practicaba el fútbol. Con el correr de unos pocos años se convierte en la pasión de la enorme cantidad de obreros que radicaba en Villa Peñarol y trabajaban en el ferrocarril inglés. Muchos de ellos formaban parte del aluvión migratorio italiano y español que llegaba en esta época. (Morales, 2013)

“El football se transformaba en un camino más a la modernidad y la conquista del futuro.”
(Morales, 2013, 99)

En los pasillos de la Universidad nace la idea de formar un club nacionalista de fútbol. Nace entonces el Club Nacional de Fútbol. A partir del 1900 se enfrentan Nacional y Peñarol (ex Central Uruguay Railway) lo que pasó a dividir la elite académica contra los funcionarios del ferrocarril, que después pasa a ser apropiado por los sectores populares de Montevideo y del país después. (Morales, 2013)

Tras el descubrimiento en 1823 de las ruinas de la antigua Olimpia, nace la idea de recrear sus juegos en un período en el que el capitalismo vivía su época imperial. La globalización de la economía había creado imperios marítimos (Inglaterra, Francia y Holanda) lo que permitía un internacionalismo. Este se trasladó también al deporte y fue así que se conformó el primer Comité Olímpico Internacional. Entre 1896 y 1912 y cada cuatro años, ciudades de Europa y Estados Unidos dan nacimiento a la etapa fundacional de los juegos. Luego son interrumpidos por las Guerras Mundiales, y retomados luego. (Morales, 2013)

Los rituales de ceremonia de apertura siempre buscan la afirmación simbólica de un ideal universalista, canto al internacionalismo pacifista. Pero mientras se enaltecía la paz con coros y palomas, despertaba al nacionalismo al solemnizar el desfile de los participantes y la entrega de medallas con banderas e himnos, que terminaban siendo sabiamente utilizados por gobiernos que tuviesen en sus programas políticas belicistas. (Morales, 2013)

“Hipocresía; Fingimiento de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan.” (RAE; 22º edición)

II. Medio tiempo: Globalización, la falsa libertad.

“El estadio de fútbol es un espejo de la sociedad actual, del mismo modo que el circo lo fue del Imperio Romano, y el hipódromo, del Imperio Bizantino.” (Sebreli, 1981: 11)

En la sociedad moderna prevalece el capital, y en la sociedad globalizada este ya no se encuentra anclado al lugar, sino que circula libremente por el espacio. Mejor dicho, ya no necesita del espacio. La empresa es de quien invierte, no de sus empleados, proveedores o localidad. Los usos del tiempo y del espacio son diferenciados y diferenciadores, dividen y unen al mismo tiempo. La libertad de movimiento se vuelve en factor estratificador en nuestra época: quienes se vuelven globales e imponen las reglas de juego, y quienes quedan atrapados en su localidad. Los procesos globalizadores incluyen una segregación, separación y marginación social progresivas. (Bauman, 2010)

Los centros de producción de valores y significados ahora son extraterritoriales, se han emancipado de las restricciones locales. Pero la condición humana no. Con la movilidad en su centro, la polarización se revela en muchas dimensiones. (Bauman, 2010)

A partir de la movilidad se construyen las nuevas jerarquías sociales, económicas y políticas a nivel mundial.

Lo que sucede con este mundo global y la libertad de movimientos es que emancipa a ciertos humanos de las restricciones territoriales y despoja al territorio, donde otros permanecen atados de su valor y capacidad para otorgar identidad. La localidad queda reducida al terreno, despojada de su significado social que es trasladado al ciberespacio.

Con la desterritorialización del poder sucede una estructuración cada vez más estricta del territorio. Este se convierte en campo de batalla de una guerra continua por el espacio. Los espacios públicos ya no quedan al alcance de la capacidad comunicativa de los individuos, sin ellos hay pocas oportunidades para discutir normas, confrontar valores, debatir y negociar; los juicios de valor vienen de lo alto y son inaccesibles.

“La modernización significó hacer del mundo un lugar acogedor para la administración comunal regida por el Estado; y la premisa para ello fue volver al mundo transparente y legible para el poder administrador.” (Bauman, 2010: 46)

Las comunidades más uniformes tienden a ser intolerantes a la diferencia, hostiles a los extranjeros, obsesionarse por la ley y el orden: la uniformidad genera conformismo e intolerancia; genera miedo, falta de solidaridad hacia el otro, excluir más que comprender y arriesgarse a conocer.

Si tomamos los aportes de Ulrich Beck (1997) sobre la teoría de la modernización reflexiva, podemos dar luz a algunas características de las sociedades modernas. Explica en su trabajo el cambio de una modernidad simple a una modernidad reflexiva. Este cambio no se da por medio de una revolución violenta, o una guerra o de manera consciente. Este pasaje de un tipo de modernidad a otra se da de manera fluida y silenciosa, sin que nadie lo note. Es una fuerza y poder que se encuentran dentro de la misma modernidad industrial que la derriba y forma nuevos

esquemas sociales. Lo que sucede debido a los cambios tecnológicos y la nueva división del trabajo que estos acarrearán, es que las clases sociales se disocian, intensificándose así la desigualdad social, haciendo que la pobreza se aisle. Los soportes sociales de la sociedad industrial y sus instituciones ya no tienen la capacidad de proteger, porque sus sistemas se basaban en los esquemas de la sociedad industrial. (Beck, 1997)

La modernización se derrumba en las decisiones de los individuos, quienes son los vencedores y perdedores de la modernización reflexiva. Es decir, los efectos colaterales suponen la liberalización de los individuos del enjaulamiento de las instituciones; renacen los conceptos de acción, subjetividad, conflicto, saber, crítica y creatividad. A estos podríamos agregar empoderamiento, autogestión. El individuo es ahora libre de decidir, pero es libre quien tiene medios para serlo.

Con la modernización reflexiva la estructura social se desplaza hacia lo informal y lo inconcebible.

La dialéctica de la modernización postula lo contrario a la dialéctica de la Ilustración: una dinámica autónoma, que se auto contrarresta, y por ello claudica. No es un anhelo ni una esperanza, es un diagnóstico según el cual la modernidad industrial genera un impulso y auto dinámica con independencia de la voluntad y del pensamiento de los humanos: una segunda modernidad. (Beck, 1997)

La lucha diaria por tener una vida propia se convirtió en una experiencia que se comparte desde la individualidad. Esto expresa lo que queda del sentimiento de comunidad. Se podría decir que el valor último es tener una vida propia. Dinero, trabajo, poder, amor, significan el propio dinero, el propio trabajo, inclusive el amor y la paternidad son necesarios para centrar la vida de una persona. La ética de la realización y el triunfo individual es la corriente más poderosa en el mundo moderno. El personaje central es el humano capaz de decidir, elegir y crear; autor de su

propia vida y creador de una identidad individual. El individualismo, la diversidad y el escepticismo forman parte central de la cultura occidental. (Beck, 2001)

El hecho de que se quiera vivir una vida propia y las posibilidades de hacerlo surge cuando una sociedad está muy diferenciada. Las personas no se integran como personas completas en los sistemas funcionales de la sociedad contemporánea; sino que se involucran de forma parcial y temporal, mientras se mueven en distintos mundos funcionales: somos consumidores, estudiantes, funcionarios, contribuyentes, peatones, madres, padres, hijos, votantes, productores, pacientes, profesionales, etc. Cambiamos constantemente entre lógicas de acción diferentes y, a veces, incompatibles, obligados a hacernos cargo de nuestra propia vida. (Beck, 2001)

La vida personal no es la vida peculiar de un individuo. Se genera una vida normalizada en que se fusionan el interés del individuo y la sociedad racionalizada. La expansión del estado-nación produjo y afirmó el individualismo; es la paradoja del “individualismo institucional”. El Estado de Bienestar hace beneficiarios a los individuos, no a los grupos, lo que obliga a las personas a organizar su propia vida. Para sobrevivir hay que tornarse activo, ingenioso, llenarse de recursos, desarrollar ideas propias, ser ágil y creativo, constantemente, día tras día. “Los individuos se transforman en actores, directores, malabaristas, de sus propias biografías e identidades, así como de sus vínculos y redes sociales.” (Beck, 2001)

La exigencia de la modernidad es que los individuos gobiernen sus vidas, así lo disponen el sistema educativo, el mercado de trabajo y el Estado de bienestar. (Beck, 2001)

El fracaso se vuelve personal y deja de percibirse como una experiencia de clase. Lo que antes se veía como un golpe del destino, -las desviaciones de la norma como la enfermedad, la adicción, el desempleo-; hoy se hace hincapié en la culpa y la responsabilidad individuales. Las crisis sociales como el desempleo estructural son vistas como problemas individuales, y dejan de verse en su dimensión social: como disposiciones psicológicas o “malas costumbres” de los individuos.

(Beck, 2001) Es así que crecen cada vez más la literatura y documentales de auto-ayuda, así como las terapias alternativas, vinculadas al espiritualismo.

Otra de las características de este fenómeno que gobierna al mundo occidental es el concepto de la biografía globalizada. En esta era, nuestra vida no está atada a un sitio, ni es sedentaria, sino que es una vida viajera, nómada, ya sea en el sentido literal, como en el metafórico, con el apoyo de los medios de comunicación vivimos una vida transnacional por encima de la fronteras. Los individuos extienden sus vidas sobre varios mundos separados, se produce una transición de una monogamia a una poligamia de lugares. (Beck, 2001)

“...el recrudescimiento de los nacionalismos locales y el nuevo énfasis en la identidad local debe considerarse como una consecuencia inequívoca de la globalización, y no (...) un fenómeno que la contradice.” (Beck, 2001: 239)

Cabe cuestionarnos a este punto por qué la nacionalidad sigue teniendo tanto peso y legitimidad en el mundo, si ante lo que estamos presentes es una cultura global occidental. ¿Será esta una de la categoría zombie a las cuales refiere el autor?

Lo que sucede en este proceso de globalización es una destradicionalización, esto no quiere decir que las tradiciones desaparezcan, todo lo contrario. Lo que ocurre ahora es que el individuo debe escoger entre las tradiciones e incluso inventar tradiciones nuevas, lo que genera identidades y culturas híbridas, las que constituyen la individualidad, que determina la integración social. La vida del individuo transcurre en conflicto con diferentes culturas y la invención de tradiciones híbridas. (Beck, 2001) Esto es evidente en nuestro país, donde hace unos años se celebra “Halloween” o “Noche de Brujas” y se realizan “baby showers”.

Se podría suponer que el nacionalismo asociado al fútbol refiere a una de estas categorías zombies. Estas categorías según el autor, están muertas, pero aun vivas, ya que aunque no coinciden con la modernidad reflexiva y derivan de la modernidad industrial aún se siguen

utilizando. Al tener que optar por las tradiciones e inventar nuevas, quizás los individuos se aferran al nacionalismo en el ámbito deportivo como manera de construir sus biografías globales. Al igual que se aferran en los campeonatos de clubes a equipos de otros países donde juegan deportistas nacionales. Otro de los factores que explica esta idea se expone a continuación.

El fundamentalismo también es una reacción a la individuación y la globalización. El ámbito público ya no tiene nada que ver con las decisiones colectivas. No es un asunto de solidaridad ni obligación, sino de coexistencia en la contradicción. (Beck, 2001)

Si analizamos la globalización, destradicionalización e individuación, se pone en evidencia que la vida del individuo en la modernidad reflexiva es experimental. No existen recetas, ni guías ni modelos históricos para vivir. Hay que armonizar todas las facetas de la vida, la individualidad con lo social, la paternidad con el matrimonio, y el trabajo remunerado. (Beck, 2001)

La vida en la era globalizada es una vida reflexiva, los individuos deben pensar, decidir, actuar. Se torna normal probar varias mezclas, descubrir identidades superpuestas, y se construye una vida a través de su combinación. (Beck, 2001) Las categorías zombies juegan un papel aquí. Por ejemplo la familia, como categoría en la sociedad industrial, se definía como la familia nuclear heteronormativa. Hoy los individuos se sirven de esta categoría pero la amoldan y transforman de acuerdo a su propia biografía. Es así que existen variedad de formas y núcleos familiares, de las formas más diversas, desde hogares monoparentales, hasta homoparentales.

Lo que es un fenómeno genuinamente moderno es la valoración positiva de lo individual. En las sociedades nacionales, tradicionales y cerradas, el individuo es la unidad más pequeña de un todo. Antes se era una unidad de la comunidad o de la nación, y el individualismo estaba mal visto. (Beck, 2001)

La cultura por lo tanto se define ahora como un terreno donde vivimos juntos, iguales pero diferentes. Antes, la cultura estaba definida por las tradiciones, hoy es un área de libertad que posee la capacidad de producir y defender su propia individuación. (Beck, 2001)

Todos estos procesos conducen a una apertura y subpolitización de la sociedad, además de una despolitización de la política nacional. Existe una contradicción, que ya advertía Kant, de que la democracia apela al individuo, como sujeto de acción legisladora, y sin embargo reprime la expresión de la voluntad individual en las formas de representatividad. La estructura política de la sociedad se fragmenta y debilita las posibilidades de movilización y dirección en las sociedades políticas. (Beck, 2001)

Hay una gran diferencia entre la individuación, donde existen recursos institucionales como los derechos humanos, la educación y el Estado de bienestar para hacer frente a la contradicción de las biografías modernas, y la “atomización” donde no existen estos recursos. La ideología neoliberal de mercado refuerza la atomización. (Beck, 2001)

Cabría preguntarse entonces qué es lo que sucede con las sociedades latinoamericanas en este respecto en un contexto de pobreza, desigualdad y capitalismo flexible.

Todo esto genera incertidumbres en los individuos, al no estar ya inmersos en las instituciones que los protegían en la sociedad industrial. Lo que se genera es una sociedad y una cultura del riesgo. Esta dinámica de desarrollo puede provocar consecuencias de naturaleza distinta al substrato del que surgen: nacionalismo, pobreza, fundamentalismo religioso, crisis económicas, ecológicas, guerras y revoluciones. (Beck, 1997)

Si a esta sociedad del riesgo le sumamos que la integración de la división del trabajo se ve frustrada, debido a que el mismo industrialismo dominante produce desintegración, cuyo correlato es la anomia, violencia y suicidio; tenemos una combinación de factores que hacen propensos a los individuos a comportarse de manera violenta, a relacionarse a través del

anonimato, a no comprometerse con ninguna causa, ya que nada es seguro, a ensimismarse con uno mismo ya que la comunidad y la familia han perdido su poder integrador, así como el trabajo. Construyen sus propias biografías con los medios con que pueden contar.

Por otro lado, tomando un estudio realizado por Allende (2005) donde se analiza la agresividad y la violencia en el fútbol, podemos visualizar otra perspectiva que refiere más a la ontología del ser humano. El autor toma los aportes de Darwin para explicar la agresividad. Para Darwin (1872, en Allende 2005) las emociones son un proceso innato cuya función consiste en la adaptación al entorno en el cual se desarrolla cada organismo. Así considerada, la agresividad en el ser humano cumple la función de adaptarse al entorno psicosocial en el cual se desarrolla. La agresividad es un mecanismo que prepara al organismo para la lucha y la defensa, lo que permitiría al organismo su supervivencia, además de garantizar en cierta medida la permanencia del organismo como especie. (Allende, 2005)

Se pueden considerar factores facilitadores de la agresividad y la violencia en un evento deportivo la presencia de miles de aficionados, la ingesta de bebidas alcohólicas, la presencia de simpatizantes del cuadro contrario, la importancia del juego; así como factores personales de cada individuo como las necesidades de afiliación, pertenencia, carencias económicas, afectivas y sociales. Las necesidades económicas pueden derivar en un resentimiento social, encontrando desahogo en lugares públicos, donde el individuo libera su resentimiento a través de la agresión. La frustración genera agresión y violencia. Las necesidades afectivas se acentúan al vivir en una sociedad que tiende al aislamiento y a la liberación del individuo, dejándolo a su propia merced, se genera una sociedad de soledades compartidas. (Allende, 2005)

El fútbol en nuestro país es sinónimo de cultura folclórica, incluso existe en Museo del Fútbol, donde se exhiben los grandes triunfos de antaño, así como los personajes que han pasado por allí. Es sinónimo de identidad nacional: mate, torta frita, dulce de leche y fútbol. Esta identidad nacional construida a partir del fútbol refleja también los cambios en el mundo globalizado. El

arraigo a la identidad futbolística podría interpretarse como la expresión de la localidad en lo global, por parte de quienes no tienen libertad de movimiento. El nacionalismo en el fútbol puede ser, en esta expresión, un intento de imponer lo local en lo global por parte de quienes no tienen libertad de movimiento. Al concurrir al estadio de fútbol, soy parte de un espectáculo que se transmite en vivo para miles de personas, y en el caso de los campeonatos mundiales, al mundo entero. Durante ese momento soy parte del globo, pertenezco desde mi localidad.

“Las personas moralmente maduras son seres que aprenden a desear lo desconocido, a sentirse incompletos sin una cierta anarquía en sus vidas, que saben amar la alteridad a su alrededor.” (Bauman, 2010: 64)

III. Fin del partido: ¿qué ganamos?

La Ilustración ha tenido siempre como objetivo el liberar a los hombres del miedo, desencantar el mundo, iluminarlo de la oscuridad de las antiguas creencias y supersticiones, disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia. El intelecto que vence a la superstición debe dominar sobre la naturaleza desencantada. El saber es poder, y este no conoce límites. La técnica es la esencia de este saber, que no aspira a la felicidad del conocimiento, sino al método y a la explotación del trabajo de los otros, aspira al capital. Lo que se quiere aprender de la naturaleza es para dominarla y dominar a los hombres, nada más cuenta. Poder y conocimiento son sinónimos. El verdadero fin y la función de la ciencia reside en el descubrimiento de datos para un mejor equipamiento y ayuda en la vida.

“No debe existir ningún misterio, pero tampoco el deseo de su revelación.” (Adorno y Horkheimer, 2005, 61)

En el camino hacia la ciencia moderna los hombres sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad, renunciando así al sentido. Lo que no refiere al cálculo y la utilidad es sospechoso para la Ilustración. El mito se disuelve en la Ilustración y la naturaleza se convierte en mera objetividad. El conocimiento se transforma en un medio de manipulación. (Adorno y Horkheimer, 2005)

“El paso del caos a la civilización, donde las relaciones naturales no ejercen ya su poder directamente, sino a través de la conciencia de los hombres, no ha cambiado nada en el principio de igualdad.” (Adorno y Horkheimer, 2005, 71)

Con la Ilustración se legitima la dominación, de la naturaleza primero y del hombre después.

Junto con la industrialización ocurre la profesionalización del fútbol, como parte del proceso de modernización de la sociedad. Es así que algunos pocos surgidos de los baldíos se convierten en jugadores profesionales, y el resto se transforma en obrero y en público pasivo del fútbol espectáculo. La gran industria introduce en su círculo el deporte para aumentar su propia eficiencia, al introducir al fútbol a la fábrica y fomentarlo entre los obreros como medio para prepararlos para el trabajo y alejarlos de la actividad sindical y política. (Sebreli, 1981)

“El deporte tiene como finalidad la utilización de los ímpetus juveniles para encuadrarlos en provecho de intereses nacionalistas y de clase.” (Sebreli, 1981, 17)

Quien no deja llevarse por la pasión futbolística comienza a sentirse como un paria. Cualquier intento de crítica racional es ridiculizada como pedantería intelectualoide, y si esto ocurre en momentos trascendentales de un campeonato internacional, se corre el riesgo de ser acusado de traidor a la patria. (Sebreli, 1981)

Se conforma una opinión pública que es difundida también a través de los medios de comunicación respecto al fútbol asociado a la patria, generando una imagen del éxito mediante discurso nacionalista. Los héroes de la nación son los deportistas y se realiza cierto paralelismo entre este deporte y la guerra. La cancha es el campo de batalla y los jugadores los valientes soldados que intentarán derrotar al enemigo. Esto es evidente en la manera en que los cronistas deportivos relatan los partidos, el tono de voz y el juego a la hora de relatar, siempre generando juicios de valor por más objetivos que quieran sonar.

Quien trasgreda lo que la opinión pública predica es castigado con el aislamiento, la burla, y un niño o joven que prefiera la música o la lectura antes que el fútbol, será sospechoso de una dudosa sexualidad. (Sebreli, 1981)

No olvidemos que el fútbol es un deporte que se consolidó en una sociedad moderna occidental heteronormativa.

El fútbol como espectáculo da origen a un personaje característico: el fanático adicto a un equipo, el hincha. La pasión del hincha no tiene nada que ver con el modo de juego del cuadro al cual admira, ni con una decisión racional. La elección del cuadro responde primordialmente a factores subjetivos, contingentes e irracionales: porque el padre, hermano o tío son hinchas de ese club, o porque reside en el barrio donde el club tiene su sede. La adhesión al club le ha sido impuesta por el contexto en que el hincha se desenvuelve. (Sebreli, 1981)

El hincha cree porque cree, siente no razona. Frente a la realidad siempre formulará consideraciones absurdas para sacar adelante sus tesis siempre favorables a su pasión. Este rasgo es evidente y se puede observar en cualquier discusión sobre fútbol, incluso los programas televisivos de deporte se dedican a estas discusiones sin sentido durante horas. Mientras los televidentes reproducen esas discusiones en sus casas, generando una especie de “epidemia irracional” y de conversación para nada enriquecedora y totalmente superflua.

Lo importante para el hincha es la victoria, su ansiedad porque su cuadro triunfe y muestre así su superioridad trasciende la mera puja deportiva hacia otros valores humanos. Esta superioridad se transforma en algo más general. Se gana más que el juego mismo, se gana prestigio y honor. La adhesión al club crea en la mayoría asalariada el sentimiento de pertenecer a una elite poderosa, si bien se encuentra al margen de toda gestión de poder político o económico. (Sebreli, 1981)

El club le da al hincha un sentimiento de pertenencia, un “orden” una “normalidad” para no quedarse fuera, así el hincha huye de la soledad.

Para el fanático la indiferencia y el silencio son sospechosos de oposición y crítica. La opresión de las minorías no es sino otra cara de la mayoría oprimida. Los hinchas pertenecientes a las clases más bajas se sienten marginados por la sociedad, y con total falta de conciencia reaccionan contra los “parias del fútbol” convirtiéndolos en chivos expiatorios, confundiéndolos con sus enemigos. (Sebreli, 1981)

El hincha es una variante de la personalidad autoritaria, esta categoría nace de una encuesta realizada en Estados Unidos por el Instituto de Investigaciones Sociales bajo la dirección de Adorno, y Sebreli (1981) la toma para analizar al adicto fanático a un equipo de fútbol. La personalidad autoritaria y prejuiciosa puede verse reflejada en los comportamientos del adicto fanático. El hincha es un autoritario pasivo, que se somete ciegamente a la autoridad y es fácilmente sugestionable, adhiere al cuadro por lo que la gente dice de él, respeta la opinión reinante sin formular dudas ni reflexiones al respecto. Carece de espíritu crítico y de sentido del humor, y apoya todos los convencionalismos consagrados por el grupo. Por su falta de voluntad e imaginación es incapaz de ir contra la corriente. Es intolerante, susceptible, orgulloso y con un sentimiento de irresponsabilidad surgido de la ilusión de poder que le da su pertenencia al cuadro. Por otro lado la reacción automática y adormecedora de toda forma de actitud personal es fomentada por el carácter monótono y reiterativo del fútbol que repite domingo a domingo

más o menos las mismas incidencias, dejando una sensación de tristeza y aburrimiento al terminar. (Sebreli, 1981)

El hincha es un individuo atormentado por su falta de personalidad, es incapaz de reconocerse a sí mismo, de saber quién es ni qué quiere, trata de encontrar una relativa estabilidad identificándose con alguna imagen del mundo: el cuadro de fútbol. Ocurre entonces una total falta de separación entre el objeto que ha elegido y el yo: ser uno mismo significa ser hincha de tal o cual cuadro. La pertenencia al cuadro de fútbol pasa a ser lo que lo define como individuo. (Sebreli, 1981)

El hincha se siente solo y aislado, el cuadro de fútbol se convierte en la conexión, en la afirmación de conformidad con la sociedad establecida.

El prejuicio es una forma de lograr una identidad personal que no se tiene, y el racismo es un elemento esencial de la personalidad autoritaria. La agresividad hacia el contrario es un elemento tan necesario como la solidaridad entre sus miembros. La identificación negativa con el equipo contrario es el complemento de la identificación positiva con el propio. (Sebreli, 1981)

No olvidemos que en los procesos de construcción de identidad es necesario siempre una alteridad para construir un yo a partir de la diferenciación con un alter. Esto nos pone a pensar en los clásicos del fútbol entre naciones, como por ejemplo Argentina-Uruguay. Nuestra identidad nacional se forjó en torno a la diferenciación con Argentina, identificándola con los males de nuestra nación, lo que luego se vio volcado en la cancha de fútbol. Un clásico de este tipo revuelve el pasado histórico y fortalece la identidad nacional y la identidad autoritaria prejuiciosa, generando desprecio hacia el alter, lo que desencadena generalmente en actos de violencia.

En la perspectiva del hincha, la adhesión a un cuadro supuestamente superior, permite al hincha experimentar la satisfacción de no pertenecer al otro cuadro supuestamente inferior, y la hostilidad hacia este último le permite reforzar la seguridad de pertenecer a su cuadro. Esta

diferenciación del hincha se convierte en agresión al hincha del cuadro contrario, como defensa de su propia integridad. (Sebreli, 1981)

“La pasión futbolística es, por lo tanto, un impulso etnocéntrico elemental que concibe rígidamente al endogrupo- grupo humano primario, familia, barrio, barra- al que pertenece o con el cual se identifica como depositario de todas las virtudes, y al exogrupo- grupo al que no se pertenece- como representación de lo repudiable.” (Sebreli, 1981, 36)

Podríamos decir entonces que la pasión futbolística es parte de la construcción identitaria ya sea del individuo como de la sociedad. Y efectivamente por lo expuesto hasta ahora este es uno de los elementos más destacados de la construcción identitaria uruguaya.

Si la pasión por el fútbol es provocada por la falta de identidad del hincha, ¿qué es lo que provoca esa falta de identidad?

Esta se da sobre todo en la adolescencia, cuando hace crisis la inserción infantil en el grupo familiar y la identificación con los padres, y no se ha llegado a la inserción en la sociedad de los adultos, ya sea por el trabajo u otra forma de actividad. El cambio y la necesidad de madurar crea un punto de inflexión y cierta debilidad si el individuo no se inserta al mundo adulto. Esto se acentúa en los adolescentes de las clases medias bajas, que generalmente no están insertos en el mercado de trabajo ni en el sistema educativo.

En este contexto histórico social contemporáneo, cuando los modos tradicionales de identificación a través de relaciones familiares y de estructura jerárquica entraron en crisis, surge el fenómeno desconocido en sociedades anteriores, de las barras juveniles y de la adicción masiva al fútbol. (Sebreli, 1981)

En una sociedad donde todas las actividades del hombre deben subordinarse a la producción, el fútbol pasa también a transformarse en un factor de producción. El juego se transforma en

industria, el jugador en trabajador especializado bien pago, y las masas en consumidores del producto. El jugador es un asalariado que vende su fuerza de trabajo a la empresa, el club deportivo. El jugador produce dinero para la empresa, y cuando la empresa no produce dinero, su función se traslada a la creación y mantenimiento de una ideología. Una de las funciones es distraer a los asalariados haciendo sus vidas más llevaderas y prepararlos para la disciplina del trabajo, la sumisión a las jerarquías y la conformidad con los valores establecidos. (Sebreli, 1981)

Al profesionalizarse e industrializarse, el fútbol se convierte en trabajo, eliminando el juego que proporcionaba placer, y adquiere las connotaciones del trabajo alienado. La especialización y repetición cotidiana de la misma tarea convierten al fútbol, como cualquier trabajo asalariado, en un mecanismo monótono, rutinario. El jugador es como el obrero de una fábrica taylorizada, pero además está sometido a un modo de vida concentracionaria en el club deportivo, lo que se asemeja si se quiere a un cuartel. Por otro lado la espontaneidad en el juego se reduce al mínimo desde que se impone el fútbol de pizarrón. La acción creadora individual va siendo dejada de lado. (Sebreli, 1981)

Es interesante resaltar en este punto, una vez más la similitud del fútbol con la milicia. Los jugadores son soldados entrenados, que dan su vida por el cuadro, dedican su vida al juego, son héroes que se sacrifican por la nación en el campo de juego. Sacrifican su estilo de vida por un ideal identitario nacional.

La pérdida de placer en el juego se extiende al niño en quien se ve un futuro futbolístico y se lo somete desde la infancia a una disciplina. Las escuelas de preparación física son fábricas de la materia prima que son los jugadores. (Sebreli, 1981)

Las tensiones comienzan en la infancia y se acentúan cuando el jugador se profesionaliza. Un test psicológico realizado en 1959 por Elba Cotta con el plantel de la selección argentina mostró en los jugadores mediocridad, falta de cultura, predominio de los intereses económicos por sobre

los deportivos, y un intenso estado de angustia. El jugador sufre tensiones por miedo a lesiones, pérdida de prestigio, derrota, desocupación, envejecimiento. (Sebreli, 1981)

El jugador de fútbol es un explotado cómplice de la explotación. Participa de los negocios de los dirigentes, pero no tiene ningún poder para cambiar la situación, y tampoco quiere cambiarla, porque su complicidad es pagada con salarios desmesurados, prebendas y privilegios. Además del prestigio que otorga el ser jugador de fútbol profesional. Pero al igual que otros trabajadores del espectáculo como actores, algunos pocos ganan fortunas, los demás viven modestamente, y algunos hasta terminan en la miseria. En el mundo de la competencia deportiva, la camaradería tan exaltada por los apologistas del fútbol no se hace tan evidente. (Sebreli, 1981)

Primeramente hablamos de una competencia, para la victoria de uno es necesaria la derrota de otro. Y por otro lado, vivimos en una sociedad de riesgo y de individuación, de sálvese quien pueda, donde se presagian los valores competitivos antes que los cooperativos y solidarios. El jugador debe destacarse y triunfar si quiere mantenerse en juego.

Los que fracasan terminan generalmente solos, sus compañeros y los hinchas se apartan de ellos. Esto analizado desde el punto de vista weberiano, respondería al tipo de liderazgo carismático. Se entiende por carisma la cualidad de una personalidad, que pasa por extraordinaria, por su virtud se considera que tiene fuerzas sobrenaturales, como enviado de dios, como ejemplo a seguir. Lo que importa es cómo se valora para los adeptos -fanáticos en este caso- no para las personas en general. La validez del carisma reside en el reconocimiento de los dominados por él. Si su carisma no se corrobora, entonces su autoridad se disipa. Este tipo de dominación supone un proceso de comunización de carácter emotivo. (Weber; 1977) Entonces un jugador de fútbol, o un director técnico, admirados por los fanáticos por su forma de jugar o dirigir, pueden fácilmente perder su legitimidad si pierden muchos partidos, o si juegan mal, generándose así cierto rencor hacia los mismos e incluso haciéndolos protagonistas de bromas. De otra manera, si

mantienen su legitimidad seguirán siendo adorados como dioses, como es el caso de Diego Maradona.

Tanto la derrota del ídolo como la miseria de la vida cotidiana del jugador son ocultadas deliberadamente por los medios de comunicación masivos, e inconscientemente olvidados por los hinchas, ya que desmienten la “personalidad feliz” que en la ideología del fútbol representa el ídolo. Este es un afortunado, un héroe, no un trabajador asalariado. Se utiliza su figura para la manipulación de masas a través de dos procesos psicológicos: proyección e identificación. El hincha proyecta sus sueños, aspiraciones, sus temores en el ídolo, este último se convierte en un semidios que hace todo lo que los mortales no pueden: adquirir fama y dinero sin necesidad de trabajar. Por otro lado se identifica con el ídolo, lo trae hacia sí hasta confundirlo con su propia persona, acentuando su origen modesto, es igual a cualquier persona, y al triunfar demuestra que todos pueden hacerlo. (Sebreli, 1981)

“El crack encarna en su figura la identificación de los pobres sin conciencia política, que sólo conciben un cambio en su situación, mediante la absurda generosidad del azar, cumpliendo sin esfuerzos el sueño de cenicienta.” (Sebreli, 1981, 51)

La industria del fútbol produce a su alrededor toda una organización industrial y comercial en la que un gran número de personas viven de él sin practicarlo. Se forma una red de intereses en común que para mantenerse deben apoyarse y fomentar la atracción del público consumidor. Forman parte de esta red de intereses toda la burocracia deportiva desde los empresarios hasta los profesionales de las instituciones, los medios de comunicación con sus propias burocracias y profesionales, los médicos y demás especialistas de los clubes, directores técnicos, jugadores, delegados, abogados, seguridad privada, etc. Y por debajo de todos ellos comprometidos con el mismo negocio el proletariado del fútbol, jardineros, cancheros, alcanzapelota, empleados administrativos, vendedores ambulantes, etc. (Sebreli, 1981)

Se genera toda una industria en torno al fútbol donde los medios de comunicación cumplen un rol determinante. Los canales de televisión de fútbol conforman todo un sistema, desde los periodistas hasta los publicistas, propaganda y difusión y legitimación de una ideología.

Por otro lado la compra y venta de jugadores a altísimas sumas de dinero, es un verdadero tráfico de humanos. Y aquí los medios de comunicación preparan psicológicamente a las personas para enterarse a través de estos que se pagan millones por tal o cual jugador. Si se presta atención es de lo que se habla en torno al fútbol. (Sebreli, 181)

Otra de las maneras en que los jugadores generan dinero es a través de la publicidad comercial, recomendando determinados productos, publicitando mercancías de todo tipo, desde shampoo para el pelo, hasta yerba mate.

El deporte está totalmente subordinado a la industria, y cuando esto sucede es inevitable que el soborno se vuelva un hábito común. Y como son los negocios lo que mueven al fútbol, y los cuadros grandes son quienes pueden hacer negocios, se forma una especie de monopolio. El triunfo gira en torno a los clubes grandes y el triunfo de los pequeños molesta porque “no venden”. (Sebreli, 1981)

En este entramado de intereses y negocios compuestos por el dirigente, el jugador, el funcionario y el periodista deportivo, queda afuera el que sostiene todo el negocio: el hincha. En él, el espíritu deportivo también tuvo que ser socavado, para legitimar el negocio, y subordinar el interés en el juego por el afán de lucro. Nacen entonces las apuestas deportivas.

A medida que crece la industria del fútbol, menos interesa el espectáculo y más los negocios laterales. Se llega a un círculo vicioso, cuanto más negocio es el fútbol, menos puede venderse y más debe recurrir al negocio para subsistir. (Sebreli, 1981)

Esta industria del fútbol, puede analizarse a partir de los conceptos de industria cultural que proponen Adorno y Horkheimer (1974). Si bien ellos hablan del arte, puede hacerse un paralelismo en cuanto al espectáculo del fútbol. La economía capitalista hace que el espectáculo se convierta en mercancía, como lo hemos evidenciado en estas últimas páginas. Lo que sucede entonces es una producción masiva de objetos culturales, de mercancías, donde el espectáculo y el arte quedan atrapados dentro de la racionalidad instrumental. Por otro lado, lo que hace la industria es una producción en serie que estandariza el gusto de los consumidores. Hay un producto para cada consumidor, visto desde la industria como parte de la masa uniforme y homogénea: serealización y masificación en la producción. Esta cultura de masas es alienante, ya que el sujeto se pierde en la masa, además de ser narcotizante ya que anula la capacidad reflexiva de los sujetos. Estos son simples consumidores de los productos culturales que la industria ofrece. (Adorno y Horkheimer, 1974)

El fútbol es uno de estos productos culturales que se presenta a los consumidores como parte de una identidad nacional: al consumir el producto no sólo satisfago la ilusoria e impuesta necesidad de gozar de ese producto, sino que participo de una identidad nacional y consumo un estilo de vida legitimado por ese mismo consumo. Formo parte de los valores que unen a la nación, tengo un sentido de pertenencia e identidad, me pierdo en la masa.

El fútbol comparte ciertas características con la religión. Esto es porque toda ideología posee un pensamiento mágico, algo mítico. Este cumple la función del control social y de conservación del orden establecido. Las características de la ceremonia religiosa se mantienen en la principal forma de juego colectivo del siglo XX: el fútbol. La función de la ceremonia religiosa es separar el mundo sagrado del profano, del mundo del trabajo. Para ello debe haber una separación entre el tiempo y el espacio donde ocurren lo sagrado y lo profano. Se debe preparar un lugar especial, consagrado para el culto donde queden excluidas las actividades de la vida diaria, este espacio es el círculo mágico en las religiones más primitivas, y el templo o santuario en las más contemporáneas: el estadio de fútbol en el Uruguay moderno. (Sebreli, 1981)

Se separa el tiempo sagrado del profano, se le asignan horas y días a la ceremonia religiosa, un tiempo sagrado donde las actividades de la vida cotidiana quedan suspendidas. El tiempo debe ser cíclico o periódico, necesita ser interrumpido para seguir con las actividades de la vida cotidiana: los domingos día de partido de fútbol. (Sebreli, 1981)

El tiempo lúdico se caracteriza por su carácter cíclico, repetitivo, de eterno retorno. Como toda forma de culto religioso, el juego pierde su espontaneidad, se transforma en ritual. Se ha observado también similitud entre la práctica del fútbol y los ritos de pubertad de los pueblos primitivos. Un lugar de varones solos donde los más jóvenes son educados por los mayores, grupos de iniciación masculinos que se repiten a lo largo de la historia, Tebas, Creta, Esparta, el Orden de los Templarios, tropas SS de los nazis, clubes deportivos. Las pruebas por las que deben pasar los jóvenes son similares: valentía, capacidad para soportar el dolor, agresividad, auto sacrificio, desprecio por la mujer. (Sebreli, 1981)

Existe en el pensamiento mágico un objeto sagrado, en el fútbol es la pelota. Todo objeto sagrado es ambivalente, puede traer suerte como desgracia. Los amuletos son una forma secundaria del objeto sagrado, insignias, banderas, mascotas, también rituales y ritos. Los jugadores tocan el pasto y se persignan al momento de entrar a la cancha, los hinchas entonan gritos y cánticos cual fórmula mágica. Conjurán el poder de un jugador mediante la oración, para hacerle a este perder la calma. Los hinchas de un cuadro de fútbol son similares a los miembros de una comunidad religiosa, la adhesión al club no es voluntaria, no deriva de una elección racional, es dada, provocada casi inconscientemente. (Sebreli, 1981)

Por otro lado, el hincha del equipo contrario adquiere la característica del tabú, su contacto puede ocasionar peligro. Puede convertirse también en determinadas circunstancias en chivo expiatorio, cargando con todos los males de la comunidad. Los actos de violencia están admitidos en el fútbol, igual que en la ceremonia religiosa de expulsión de demonios, seguido por un período de libertinaje general, donde se ponen en paréntesis las restricciones sociales y se pueden cometer

impunemente los mayores delitos. Es característico de los partidos de fútbol que el “caballero de buenas costumbres” emplee vocabulario y gesticulaciones que no coinciden con su estatus, o que el tímido y respetuoso se vuelva agresivo. (Sebreli, 1981)

La fuerza emocional del partido se contagia y logra abolir toda reacción individual, reflexiva e intelectual, crea una especie de hipnosis colectiva.

El deporte como todo rito, sirve para abolir el tiempo histórico y ayuda al intento de toda sociedad totalitaria de instalarse en el tiempo sagrado, de eterno retorno.

Las sociedades contemporáneas tratan de mantener a las masas populares sumergidas en una emotividad primitiva y elemental. El fútbol es eficaz a este propósito, ya que tiene una íntima relación con los mitos lúdicos de la infancia. (Sebreli, 1981)

“Todas las regresiones del pasado bárbaro no significan solamente un residuo de tiempos primitivos, sino que responden a los más profundos intereses de la sociedad capitalista industrial de tendencias totalitarias.” (Sebreli, 1981, 79)

Las masas contemporáneas, los consumidores del fútbol, siguen por su lado tratando de evadirse hacia un tiempo mítico, porque el tiempo profano, de su vida cotidiana en la sociedad actual es vivido en la miseria y la frustración. Es una vida de trabajo sin sentido, rutina doméstica, permanente represión de los impulsos, alienación.

“Las masas populares sólo serán capaces de asumir el tiempo histórico cuando lleguen a ser artífices de su propio destino, y no busquen otro goce sino el resultado de su propia obra. Sólo entonces el tiempo sagrado del pensamiento mágico pasará definitivamente al museo etnográfico de la prehistoria de la humanidad. En el lugar de la regresión hacia la oscuridad inconsciente e irracional de lo arcaico y de lo eterno infantil, estará la proyección

hacia la luminosidad consciente y racional de un porvenir que promete lo nuevo y lo mejor.”
(Sebreli, 1981, 81)

El fútbol es un juego de hombres, este resalta los valores y características que se le asignan al rol masculino en las sociedades modernas patriarcales. Valentía, coraje, rudeza, agresividad, competencia. Por otro lado, el culto al cuerpo del deportista que se realiza en el deporte y su preparación, conlleva la represión de los instintos, sobre todo del sexual. (Sebreli, 1981)

Esto se hace evidente en los períodos de concentración de los futbolistas, en la prohibición de mantener relaciones sexuales antes de los partidos, mucho menos que una mujer fuera a participar de alguna actividad del plantel. Como antes se mencionó las concentraciones admiten exclusivamente hombres. Se realiza un mantenimiento del cuerpo cual máquina de guerra cuyo fin es obtener la victoria del partido.

Existe un estrecho vínculo entre la represión sexual y la agresividad. Un deseo que no puede ser cumplido se sustituye por otro de índole contraria, entonces el deseo sexual reprimido puede transformarse en agresividad. La sociedad tendiente a la dominación total utiliza esta posibilidad de metamorfosis del deseo, para desviar a las masas de las pulsaciones sexuales, hacia pulsiones agresivas utilizables por los intereses imperialistas y guerreros de la misma sociedad. (Sebreli, 1981)

La estrecha vinculación entre la represión sexual y la agresividad se muestra de manera evidente en el deporte. Desde los comienzos, el deporte estuvo ligado a la guerra y a la preparación física de guerreros. Se puede evidenciar esto en las similitudes entre los rituales de guerra y los Juegos Olímpicos: himnos marciales, ruegos por la victoria, medallas para los héroes. Algunos deportes como la esgrima y el tiro al arco son más evidentes a este respecto. (Sebreli, 1981)

Los Juegos Olímpicos creados por el Barón de Coubertin en 1896, declarado antipacifista, se proponían disponer de la juventud francesa para la guerra, bajo la cobertura de la competencia

deportiva. Por lo que no traiciona el verdadero espíritu de las Olimpiadas griegas que eran una predisposición para la guerra.

“La paz mundial, la igualdad entre los hombres y la fraternidad de los pueblos que proclaman hipócritamente los propulsores de la restauración olímpica, son negadas en cada encuentro donde lo único que se manifiesta es la desigualdad social, el nacionalismo, las luchas políticas y hasta el racismo más agresivo.” (Sebreli, 1981, 101)

Es en el fútbol donde la violencia se da en forma plena en todos sus aspectos: etnocentrismo, xenofobia, racismo, chovinismo. La carencia de identidad de las masas populares lleva en la búsqueda de una identidad negativa, a la violencia. Si sumamos la personalidad autoritaria pasiva del hincha, su identificación positiva con su club complementada por el odio al rival; y la represión del deseo sexual en el deporte y cómo esa represión se convierte en agresividad, en los condicionamientos psicosociales del fútbol y el deporte en general, está implícita la proclividad a la violencia. (Sebreli, 1981) El fútbol es un deporte que de por sí estimula la agresividad si lo analizamos bien: los jugadores no se mueven en campos separados como otros juegos, en el mismo campo la posición debe disputarse cuerpo a cuerpo, siendo la única táctica impedir al adversario hacer lo que quiera, la única libertad posible en el fútbol es destruir la libertad del otro, mediante la violencia y el engaño. En algún momento del partido algún jugador debe resignarse a ser objetivo de la agresión preparada por el adversario, como lo es el arquero cuando espera un tiro al arco del delantero del equipo contrario. (Sebreli, 1981)

Desde la psicología se dan puntos de vistas interesantes en cuanto a la agresividad del fútbol. El acto de patear una pelota ya es de por sí agresivo y crea un sentimiento de poder. El pie es una parte del cuerpo más alejada de la mente que la mano, en el pie está la atracción particular que ejerce el fútbol sobre otros deportes. Significa patear, una forma determinada de agresión y un determinado comportamiento de acuerdo al cuerpo, la base de una virilidad y dureza, incluso

brutalidad. La picardía para vencer al adversario basada en la trampa, la mentira, el disimulo no es sino una característica de la personalidad autoritaria.

“El vencer a los competidores utilizando la picardía en la lucha- dice Adorno- es parte del ideal del yo del hombre prejuicioso.” (Sebreli, 1981,104)

Por otro lado, la violencia es reivindicada abiertamente en el juego, “el fútbol es un juego de hombres y hay que aguantar”, “Está bien que se juegue fuerte, el fútbol debe jugarse de esa manera”, “Devolviendo golpe por golpe, agresión por agresión”, estas y otras frases pueden escucharse en los partidos.

Es interesante señalar en este punto un hecho ocurrido en el último campeonato mundial en 2014. Uno de los ídolos del equipo uruguayo, mordió en la cancha a un jugador del cuadro oponente. Se armó gran revuelo en torno a la pena que la FIFA dispuso para este jugador, la sociedad uruguaya en su conjunto criticaba y sentía gran injusticia en torno a la pena impuesta, supuestamente demasiado estricta. Más allá de la pena impuesta, nunca se cuestionó el comportamiento agresivo en este jugador, las personas estaban resignadas e indignadas por el hecho de que el jugador no estaría para el resto del campeonato. Se defendía irracionalmente un comportamiento agresivo y se apoyaba moralmente al jugador en todos los aspectos. El ídolo de la nación en ese momento había sido víctima de la gran institución mundial del fútbol y el pueblo sufría por él. Hacer razonar esto a los adeptos en ese momento fue tarea imposible, lo único que importaba era la desgracia de la expulsión del jugador. Lo único que importaba era ganar el campeonato y que el ídolo no perdiera su legitimidad, que mientras luchaba por la patria sufrió una injusticia que lo hizo abandonar la lucha. Y sigue siendo legitimado, ya que perseguía el mismo objetivo que toda la masa: derrotar al rival, y así salir victorioso.

Inclusive el presidente de la república tuvo qué decir a este respecto, tildando la decisión de la FIFA como “sanción fascista”, obteniendo el apoyo de toda la sociedad, inclusive de la oposición política.

Los actos de agresión internacional perpetuados por el fútbol son innumerables. El primero ocurre antes de la profesionalización de este juego, en un partido jugado entre uruguayos y argentinos en este último país, donde el partido es suspendido ante un tumulto del público que terminó quemando el estadio. Las manifestaciones de hinchas fuera de los hoteles de los cuadros contrarios se hacen regulares. Arrojar piedras, entonar cánticos, boicotear el descanso de la noche antes del partido, además de crear un clima de violencia e intimidación. El público invade las canchas y se crean verdaderas guerras campales. A partir de allí surge el Alambrado Olímpico para impedir la invasión del público, que queda de este modo encerrado cual fiera salvaje en una jaula. Esta imagen se repite en todos los partidos, sujetos colgados del alambrado enfurecidos. Los actos de violencia en el fútbol llegan incluso al enfrentamiento entre las naciones, como ocurrió en un partido entre Honduras y Salvador que a raíz de dos enfrentamientos “deportivos” el ejército de Honduras cruzó la frontera capturando varias poblaciones con el pretexto de detener la represión que sufrían los compatriotas en Honduras. (Sebreli, 1981)

“Ante todos estos actos de violencia provocados por el fútbol que llegan a veces hasta el genocidio y la guerra entre naciones, no podemos sino asistir con asombro a las idílicas visiones del fútbol considerado como factor de unión universal entre los hombres que frecuentemente ofrece la iglesia...” (Sebreli, 1981)

“Hipocresía; Fingimiento de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan.” (RAE; 22° edición)

La historia y el presente del fútbol están plagados de estos actos violentos extremos, de agresiones y muerte. Historias de hinchas que matan a otros hinchas, intentos de linchamientos, agresiones y amenazas a árbitros, jugadores, etc. Se evidencia una verdadera barbarie en las masas que asisten a los partidos de fútbol. Avalanchas de aficionados enardecidos donde mueren sofocados y aplastados por la multitud, golpes brutales hasta la muerte de otros hinchas,

asesinato de jugadores, dirigentes, árbitros. Luego de terminado el partido, el victorioso sale a festejar y ocurren disturbios y se apedrean locales comerciales y todo lo que esté en el camino, como una verdadera invasión de barbarie en el centro de la ciudad. Las divisiones menores no escapan de la barbarie, en los partidos de niños también se agrede e incluso los padres terminan envueltos en peleas y puñetazos.

Podría decirse entonces como lo plantea Sebreli (1981) que el Estadio de Fútbol es el gran monumento de la crueldad y el sadismo del hombre moderno, como el Coliseo Romano lo fue del hombre antiguo.

Algunas corrientes de pensamiento alegan que la agresividad es parte innata del hombre, y que el evento deportivo funciona como una especie de catarsis, de liberación de la violencia, que es mejor se libere allí y no en la vida cotidiana. Entonces el fútbol sería una especie de terapia de liberación de tensiones y agresividad del individuo. Este tipo de pensamiento justifica la violencia y hace que se reproduzca la idea de que el problema no es el fútbol, sino que el individuo es naturalmente violento y el fútbol estaría actuando como una solución o escape del problema. Esta visión de la agresividad saca la mirada del sistema social donde la guerra, el asesinato de masas, la tortura, la competencia y todo tipo de violencia son hechos cotidianos, por lo que otorga inocencia a los dirigentes de manos sangrientas. Además qué diferencia hay en que se mate una persona dentro o fuera de la cancha, el hecho es igual de violento. (Sebreli, 1981)

Por otro lado, no todas las sociedades son violentas, la agresión no es un hecho natural, biológico, si no cultural e histórico. Por algo cada vez más personas sienten desprecio y rechazan la violencia, si hacemos la prueba con un niño de 2 años que no ha experimentado la violencia y le damos un estímulo para que reaccione y se defienda, seguramente este se largará a llorar y pedir por su mamá; pero no creo que tome una actitud violenta. La violencia se aprende, por imitación, por la influencia del medio, por la ideología, por las condiciones sociales en las que se vive.

“Aún en los animales se ha comprobado que su agresividad es menor cuando viven en libertad que cuando están en cautiverio, de lo que podemos extraer ricas conclusiones respecto a la agresividad del individuo humano que no ha hecho hasta ahora la experiencia de vivir en libertad.” (Sebreli, 1981, 118)

La aceptación de la violencia con el pretexto de catarsis y evitar males mayores es ilógico, la descarga de hostilidad es una manera de educar y aprender de la misma. La catarsis en el fútbol no hace que el individuo sea menos violento en otros ámbitos, sino todo lo contrario, las tendencias agresivas forman parte del individuo y se reproduce en su vida cotidiana, en el ámbito político por ejemplo en general son tendientes a favorecer la pena de muerte, la guerra, el uso de la fuerza. (Sebreli, 1981)

Luego de que se sucedieran hechos violentos en los estadios de fútbol durante el 2014, el Presidente de la República amenazó con suspender el fútbol, e instó a la Asociación Uruguaya de Fútbol de que tomara manos en el asunto.

“O paramos esto de raíz o no podremos continuar disfrutando de espectáculos deportivos. Estoy dispuesto a parar el fútbol si es necesario hasta que se tomen medidas, por lo que Nacional y Peñarol son los primeros que deben reaccionar, porque son el 90 por ciento del país”.

“¿Qué clase de cultura estamos construyendo? Resolver esto es una causa nacional (...) porque los uruguayos no podemos seguir en esa irracionalidad, consolidando la estupidez humana, debemos reaccionar urgente”, indicó José Mujica en su programa de radio M24.

“Los hechos a veces nos imponen decisiones que no estaban en nuestra cabeza, pero los hechos de los últimos tiempos son tercos, porfiados, golpean y golpean. No soy partidario de que los poderes del Estado se inmiscuyan en el deporte, menos en el fútbol”

“Pero es algo que está enraizado en el sentimiento de la gente y no podemos seguir deslizándonos en un tobogán de barbarie que nos va debilitando, que nos está ensuciando, que nos afecta”. (Emeequis, 2014)

Es interesante señalar aquí cómo se presenta al deporte como una esfera totalmente separada del Estado y del gobierno, y que si es necesario este último interviene. Cuando en realidad el deporte es parte del ámbito público, sino ¿por qué otra razón existiría el Ministerio de turismo y deporte? Se hace evidente en estas declaraciones la relación entre el Estado y el fútbol, más aún luego de escuchar las declaraciones del presidente con respecto al campeonato mundial. Por otro lado, se aprecia la preocupación y la toma de conciencia de lo que el fútbol genera, de que es un proceso cultural que construye identidad en los sujetos.

IV. Resultado final

“Quien filosofa procura explicar el mundo, comprender su sociedad, sentarse a la sombra del árbol del Tiempo para responder las eternas preguntas acerca de dónde venimos, quiénes somos y a dónde vamos.” (Vidart, 2014)

El objetivo de este trabajo era comprender un poco la cuestión de la violencia en las sociedades modernas, reflejadas en particular en el fútbol, como medio de socialización y de construcción de una identidad social y nacional. A lo largo de todo el texto se presentan factores que parecen tener influencia en el estado en el que se encuentra el fútbol en nuestro país en el momento actual, como reflejo de nuestra sociedad, entendiendo que estos procesos no son los únicos que influyen en el estado actual de las cosas, pero se espera dar un panorama y generar reflexión en cuanto a los ejes planteados.

Por un lado toda la historia moderna de nuestra nación está ligada al fútbol, sobre todo a la hora de la consolidación de la identidad nacional moderna, en torno al centenario de la independencia. 1930 es una fecha grabada en el imaginario de todos los uruguayos, como el año del primer campeonato mundial de fútbol que se celebra en nuestro país. El cuadro nacional sale victorioso, se cumplen cien años de independencia, se construye un estadio para recibir el campeonato en tan solo unos meses, la euforia y emoción toman al país. Todos festejan y piensan que cualquier cosa es posible, si un país tan pequeño gana un campeonato mundial es capaz de hacer lo que se proponga. Esta idea se consolidó y atravesó las generaciones hasta el día de hoy.

Luego del campeonato mundial de 2010, este sentimiento revivió y en la sociedad uruguaya se vivía un clima de grandes cambios. El nuevo gobierno de izquierda se iba consolidando, y pudo sortear las consecuencias de una crisis capitalista mundial, en un entorno que favorecía a los países emergentes productores de *commodities* que se valoraron en el mercado internacional. Todo el contexto ayudó a que se sintiera un clima de optimismo generalizado.

Más allá de ello, la realidad cuatro años después no es la misma, ni en lo que refiere al campeonato mundial, ni a la situación del país. En lo que respecta al fútbol, se siguen dando actos de violencia importantes, incluso se mencionó la posible suspensión de los torneos locales por parte del Presidente de la República. Luego de algunos actos de violencia, el Presidente decidió que la policía no entraría en los estadios Centenario ni Parque Central, donde los locatarios son Peñarol y Nacional respectivamente, aludiendo que los espectadores deben saber comportarse, y que la Asociación Uruguaya de Fútbol debe tomar manos en el asunto. (Ovación digital; 31 marzo 2014) y (Pulso; 28 de marzo 2014)

¿Qué nos queda entonces de todo lo analizado hasta ahora? Por un lado en torno a la nación y al sentimiento nacionalista, se observa de qué manera los individuos se adhieren a estructuras simbólicas institucionalizadas que son ofrecidas en un mercado competitivo de creencias colectivas y así van armando sus biografías. El fútbol es un producto ofrecido en el mercado de la industria cultural, donde cada individuo elige consumirlo o no.

El ser humano siempre debe sentirse parte de algo, añora la pertenencia. Necesita identificarse y diferenciarse para formar su personalidad, identificarse con su entorno a partir de las representaciones colectivas de las cuales también forma parte. Construye su biografía de manera reflexiva, tomando y eligiendo lo que se le presenta y ofrece, donde ningún aspecto es total en la persona, se es hincha de tal o cual cuadro, maestro, trabajador, estudiante, padre, amigo, hermano, etc. Podríamos decir que las biografías son un *collage* que cada uno va construyendo, tomando y quitando partes en el transcurso de la vida.

En un contexto de globalización, de incertidumbre y cultura del riesgo, donde la lógica instrumental que favorece al capital todo lo envuelve, es fácil que resurjan fundamentalismos. Estos últimos pueden ser de cualquier índole y en ellos se encuentra el germen de la violencia.

El sentimiento de comunión que se da durante un partido de fútbol tiene gran potencial de unión. En ese momento todos se sienten iguales, todos comparten lo mismo, las personas llegan incluso a emocionarse y llorar al escuchar los himnos. Por eso también se respira un aire de optimismo cada vez que la selección uruguaya logra un triunfo, así como sucedió en 2010, generando cierta solidaridad y empatía entre los individuos. No resultan extraños los gestos de alegría, la gente saludándose por la calle y abrazándose durante los festejos aunque nunca antes se hayan visto las caras. Este mismo sentimiento es el que sienten las comunidades religiosas, y lo único que cambia es en qué se cree, el sentimiento sigue siendo el mismo, y en su extremo negativo se traduce en xenofobia, chovinismo, racismo.

En las sociedades modernas vivimos la nación desde la vida cotidiana, con el sentimiento de simultaneidad que esto conlleva, desde el anonimato como característica de la modernidad. El anonimato no genera compromiso. Nos sentimos hermanos en determinadas condiciones y momentos, pero ese sentimiento no es permanente ni tan intenso como para mostrarnos.

También es importante tener en cuenta las particularidades de nuestro país. Durante la construcción identitaria el fútbol jugó un papel importante. Se lo utilizó como agente

socializador y modernizador en el país que quería ser el primer país europeo en América Latina. El siglo XX debía sustituir el carnaval, la plaza de toros y la barbarie, por la cancha de fútbol y el progreso.

El siglo XXI ya no habla de progreso, ni del futuro, se centra en el presente. En la sociedad de riesgo es difícil proyectarse hacia el futuro; en un mundo globalizado, cibernético, donde las fronteras son cada vez menos importantes para algunos y las incertidumbres más presentes. Existen más libertades individuales y cada uno debe construir su propia biografía. En esta realidad mundial, el individuo debe elegir entre retazos para conformar su vida propia. Lo que sucede es que las instituciones que antes apoyaban al individuo ya no sirven, han perdido su vigencia entonces el individuo queda librado a su suerte, así como es responsable y culpable de su propio destino.

La agresión y la violencia en el fútbol, desde el planteo que se da en este trabajo es un reflejo de la violencia que se da en la sociedad, que se manifiesta en el campo de juego, ya sea en las tribunas como dentro de la cancha.

La modernidad reflexiva hace que los individuos se relacionen de diferentes maneras. En la sociedad regida por la cultura del riesgo, las instituciones que antes hacían de soporte a los individuos han perdido su vigencia, el mundo del trabajo ya no es un factor de integración social, como tampoco lo son la familia o el sistema educativo, algunas ya categorías zombies. Los individuos deben elegir entre tradiciones, formando culturas híbridas que constituyen su individualidad, determinando su integración social. Depende del individuo y no ya de las instituciones su integración en la sociedad.

A su vez, al relacionarse desde el anonimato, al no comprometerse con ninguna causa debido a la incertidumbre que caracterizan los tiempos en que vivimos, no es extraño que los individuos tiendan a comportarse de manera violenta. La incertidumbre puede generar frustración, y la frustración puede generar violencia.

Así como la modernidad reflexiva libera a algunos individuos del enjaulamiento de las instituciones, deja a otros atados a la localidad. Esta localidad ya no tiene la posibilidad de producir valor, ya que la producción de valores y significados en esta era son extraterritoriales. Todos están conectados a la red global que reproduce los significados y valores de occidente como los legítimos. Quizás el apego a la identidad nacional en el fútbol es una manera de quienes quedan atados a lo local de sentirse parte de lo global.

Entonces, ¿podríamos decir que la violencia en el fútbol es una expresión de la barbarie en el Uruguay del siglo XXI?

Si lo tomamos desde este punto de vista, ciertamente podríamos afirmar que nos encontramos en un estadio evolutivo donde aún la violencia responde a una forma de relacionarse, no sólo en el fútbol sino en la sociedad. Así sucede con el relacionamiento con la autoridad, con la educación, con la familia, no sólo en el fútbol está la violencia, la sociedad en general vive cotidianamente con la violencia. Y esto se debe a las condiciones sociales en las que vivimos y a las ideologías que reproducimos para legitimar esas condiciones. Seguimos con la venda en los ojos y el que se atreve a mirar por la rendija es tildado de “raro” o “loco”, porque su pensamiento no sigue los estándares, o porque muy en el fondo quizás la gente sabe que tiene esa venda, pero es muy cómoda como para sacársela, y el sólo pensar en que el “loco” puede estar en lo cierto los espanta de miedo y los paraliza. Siempre es más fácil mantener lo habitual que arriesgarse a cambiar, pero gracias a quienes se arriesgaron el mundo cambia y progresa.

Si bien el objetivo de este trabajo era presentar la cuestión de la violencia en el fútbol desde el punto de vista de las ciencias sociales, aportando desde diversos autores, también se pretende crear incertidumbre. La incertidumbre incomoda y motiva a moverse. Espero haber logrado este ambicioso objetivo.

Bibliografía

Allende, A. (2005) Agresividad y violencia en el fútbol. *Revista digital universitaria*, junio 2005. Volumen 6 N°6. Facultad de Psicología Universidad Nacional Autónoma de México.

Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, Bs. As.

Barrán, J. (1990) *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. El disciplinamiento (1860-1920)*. Tomo II. Banda Oriental-FHCE, Montevideo.

Beck, U. (1997) *La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva*.

Beck, U. (2001) Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política. en *En el límite. La vida en el capitalismo global* Giddens, A. Y Hutton, W. Eds. Tusquets Editores, S.A. Barcelona.

Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.

Caetano, G. (1997) Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario en AA.VV. *Historias de la vida privada en Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*. Montevideo Banda Oriental-aurus.

Galeano, E. (1995) *El fútbol a sol y sombra* Siglo XXI Editores, Bs. As.

Hobsbawm, E. (1997) *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983) *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona.

ISEF 2013. Disponible en <http://www.isef.edu.uy/files/2013/01/Historia-Futbol-Uruguayo-I-1.pdf> Consultado 10 de agosto 2014

Morales, A. (2013) *Fútbol, identidad y poder 1916-1930*. Fin de Siglo editorial, Montevideo.

Real Academia Española RAE 22° edición. [Www.rae.es](http://www.rae.es) Consultado 13 setiembre 2014

Renan, E. (1987) *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Alianza Editorial, Madrid.

Segura, G. (2009) Prepara, apunta, dispara... fusila al portero. La metáfora bélica en el fútbol. *Kañina*, Revista de Artes y Letras, Universidad de Costa rica XXXIII.

Vidart, D (2014) *Marihuana, la flor del cáñamo. Un alegato contra el poder*. Ediciones B, Montevideo.

Weber, M. (1977) *Economía y sociedad* Fondo de Cultura Económica, México.

Revista digital *Pulso*, 28 de marzo de 2014 disponible en: <http://www.m-x.com.mx/2014-03-28/jose-mujica-amenaza-con-detener-el-futbol-de-uruguay-si-persiste-la-violencia-en-los-estadios/> Consultado 17 de octubre de 2015.

Revista *Ovación digital*, 30 de marzo de 2014 disponible en <http://www.ovaciondigital.com.uy/futbol/fifa-dejar-uruguay-mundial.html>